

# Besos para Nubia

Olga María Echavarría Ruiz

*Si para todo hay término y hay tasa  
y última vez y nunca más y olvido  
¿quién nos dirá de quién, en esta casa,  
sin saberlo, nos hemos despedido?*

Jorge Luis Borges

30

Mi casa era un hostel de arrieros. El abuelo Manuel José, cansado de su oficio de peón, decidió un buen día acomodar esteras en el patio y cubrirlo todo con un techo de caña brava y vigas de guadua. Ese fue el modesto comienzo del “Hostal del camino”.

La casita había sido construida años atrás en un lote que pertenecía a la familia de la abuela Rosa. Cuando ellos se casaron, sus hermanos cargaron montones de arena y barro, dejaron a un costado piedras y vigas de guadua y caña brava, y se marcharon a continuar su vida en la vereda La Chamorra. Los abuelos, junto con los vecinos, levantaron la casita de dos habitaciones, patio de tierra pisada y solar, a las afueras del pueblo.

En esa casita nacimos Nubia y yo, y allí nos tocó crecer cuando mamá se fue a Toldas a trabajar y ya no quiso regresar. La abuela Rosa nos crio con la cantaleta: “para que no sean como la *perdida* de su mamá”. Esta frase justificó zurras, permisos negados e injusticias; sin embargo, las dos estábamos agradecidas con los viejos. Por eso, cedimos nuestras sábanas a los arrieros la semana de inauguración del hostel.

Nubia tenía solo cinco años, yo siete. A esa edad nos tocó ayudar a la abuela a moler maíz extra para preparar la merienda de los primeros clientes: un par de arrieros con el rostro

aporreado por el sol de las montañas. Se apearon junto a la casita y señalaron el letrero que el abuelo puso en una tabla, con un tizón del fogón: “Hostal del camino”.

—¿A cómo la dormida? —preguntó el más viejo.

—Deme veinte pesos —respondió el abuelo.

—¿No lo deja en quince? —insistió el hombre.

—Bueno, pero me deja tres pesos pa’ la merienda —dijo el abuelo.

Los arrieros no respondieron, se alejaron un poco y se detuvieron a cierta distancia de la casa, con los caballos llevados de cabestro. El abuelo permaneció imperturbable en el corredor, sabía que los hombres solo fingían marcharse para lograr un mejor precio. Minutos después, los arrieros regresaron. El abuelo recibió los caballos en silencio y los llevó a la canoa llena de agua y sal en la que abrevaba su propio caballo. Desde ese momento nuestra pequeña cotidianidad se transformó, convirtiéndose en un trasegar de hombres y cabalgaduras.

Vivir en un hostel implica despertarse a cualquier hora de la madrugada por la llegada imprevista de algún viajero, tener el fogón encendido para preparar comidas de emergencia, y mantener toneladas de sábanas para lavar. La abuela usó cada centavo extra para comprar tendidos de segunda en “El pobre Luis”, un ropavejero del pueblo en el que se vendían toda clase de cosas usadas, no solo ropa. Así creció el número de platos, tazas, almohadas, y velones.



Ethel Gilmour. *Desafortunadamente en una cocina hay que cocinar*. Óleo sobre tela. 100 x 70 cm. 1996. Colección Universidad EAFIT

A pesar de ser la más joven, Nubia trabajó tanto como nosotras. El abuelo era quien recibía a los viajeros y se encargaba de las mulas, pero pronto Nubia tuvo que reemplazarlo cuando llegaba gente y el abuelo no estaba en casa. Ella era casi tan buena negociante y recia para tratar a los arrieros como él.

Para protegernos de la posible lascivia de los hombres, el abuelo mantenía su escopeta de perdigones a un lado del mesón que hacía las veces de oficina. No tardaba en advertir a quien llegaba que en su casa se rezaba el rosario todas las noches y se guardaban las buenas costumbres. Nunca tuvimos un incidente desagradable. Los peones eran, en su mayoría,

callados y tímidos. Quienes se quedaban con el abuelo solo querían descansar. Para divertirse tenían la zona de tolerancia del pueblo que estaba harta distante de nuestro rancho.

Con el tiempo, la tierra del piso fue cubierta por el entablado que Nubia sabía mantener reluciente. Las hojas de caña brava fueron reemplazadas por tejas. Se amplió el comedor y el patio ahora estaba empedrado. Por los días en que la casa estaba más bella y llena de gente, enfermó el abuelo.

No sé cómo se enteró nuestra madre. Un telegrama anunció su llegada. Apareció vestida con ropa extravagante, de la mano de un joven por lo menos quince años menor que ella, a quien presentó como su novio. Nubia nunca me perdonó que la abrazara y la besara. Ella y la abuela no quisieron recibirla. Las dos se encerraron en uno de los cuartos, así que fui yo la encargada de llevarla hasta el lecho del abuelo. La enfermedad lo tenía consumido y casi no hablaba. Mi madre no derramó una sola lágrima entonces, ni en el entierro, dos semanas después.

Ese día desapareció como hacía siempre. Solo dejó en la puerta un atado de confites y una nota en la que decía: "Muchas saludes. Aquí les dejo para que endulcen tanto rencor y amargura. Besos para Nubia". Esa frase, por supuesto, estaba llena

de sarcasmo, pues Nubia fue la única que no quiso dirigirle la palabra ni mirarla siquiera, mientras estuvo con nosotros. Además, dimos por descontado que Nubia asumiría el mando de la casa, y así fue; así que, si mi madre necesitaba congraciarse con alguien, era con ella.

La abuela, que había vivido al lado del abuelo desde los trece años, y ya contaba setenta y nueve, no tardó en seguirlo al lecho de muerte. La casa se quedó terriblemente sola sin los viejos, como si hubiera perdido su alma y se hallara convertida de pronto en un montón de cosas apiladas, sin el calor y el cariño que emanaban de cada rincón, en vida de los viejos.

De nuevo hizo su aparición nuestra madre. Las ropas extravagantes, el maquillaje excesivo, el cabello revuelto. Esta vez nos presentó a un nuevo novio, “abogado”. Dijo esta palabra con un tono sentencioso que nos alarmó.

Yo estaba a punto de casarme. Cuando se enteró, organizó una fiesta. Se mostró complacida cuando supo que dejaría la casa en cuanto me casara y que viviría cerca, en mi propia casita construida por mi novio y su padre en el lote de su familia.

Después de mi fiesta de vísperas, Nubia me ayudó a empacar mis cosas. Las dos llorábamos tanto, que toda mi ropa terminó humedecida, y los pañuelos agotados por las muchas veces que nos sonamos la nariz. Al día siguiente, al regresar de mi boda, Nubia encontró la casa ocupada por mi madre y su novio. Un par de agentes de policía sostuvieron sendos papeles frente al rostro aterrado de mi hermana. Mi madre había reclamado la casa, con la ayuda de su novio y ahora era la legítima dueña.

Nuestra bella casa sufrió una terrible transformación. Ahora el espíritu que emanaba de las paredes no era el reposado y cálido de los días del abuelo; era el del desorden y la necedad. Mi madre y su novio se embriagaban, vendían

licor a los viajeros, comenzaron a recibir peones belicosos y groseros que se presentaban pateando las puertas y armando peleas a machete. Mi madre trataba a Nubia con total indiferencia. Solo le dirigía la palabra para decirle: “Mire, niña, limpie eso”.

Finalmente consiguió lo que quería. Nubia empacó sus cosas en una caja de cartón y salió de la casa en pleno medio día. Mi madre acababa de levantarse de la cama y tenía el rímel corrido y el cabello desordenado. Con ojos macilentos por la resaca la miró salir y la siguió. Se detuvo en el corredor desde donde le gritó: “Chao, besos”, antes de soltar una carcajada ruidosa y cerrar la puerta con gran estrépito.

Es extraño cómo a veces algunas cosas surgen, como si nacieran a la vida. Nuestra casa nació y creció con los cuidados de los abuelos, tuvo su madurez y plenitud de corredores y zaguanes, patio empedrado y macetas florecidas, para morir luego apuñalada por el descuido y la indolencia de mi madre y sus muchos novios.

Cuando voy a la ciudad visito a Nubia en su casa, en el barrio La Floresta. Allí trasladó ella su diligencia y decoro, de manera que su casa se ve siempre limpia, acogedora, ordenada. Cuando pregunta por la casa, no puedo más que responder: “Ahí está”. El hostel, sin embargo, ya no existe. Ella comprende perfectamente y regresa a su café. No quiere saber de la mujer ya envejecida que se asoma a atisbar a los transeúntes desde la ruina de techo hundido y paredes agrietadas que parece a punto de venirse abajo. Podrido y carcomido por los años permanece el tablón junto a la entrada; el mismo en el que tantas veces escribió el abuelo con un tizón del fogón: “Hostal del camino”.

**Olga María Echavarría Ruiz** es narradora y filóloga hispanista de la Universidad de Antioquia. Ha publicado una novela y un libro de cuentos.